

LA DE LOS OJOS OBLICUOS

GUILLERMO JIMÉNEZ

Edición y notas

Christian Sperling

Hacía calor primaveral, el sol tostaba sin piedad las hojas del bosque y prendía feéricos esmaltes en los perfiles volubles de las olas del lago.

Mi compañero —poeta, crítico de arte y diplomático, que sabe de la frivolidad y del encanto de París, de la diáfana melancolía de los atardeceres de Italia, del estrépito seductor de Nueva York y de las nieves que copiaron las pupilas abismadas de aquellas lindas princesas de cuento que se llamaron: María, Olga y Tatiana— asegura a su pequeña nariz los arillos dorados de sus lentes, unos lentes grandes, redondos, unos lentes chic sujetos al cuello por una flamante cinta de seda, y continúa su charla jugosa y amena sobre el dulce y amargo Jules Renard.

Habla lentamente, matizando la conversación con sutiles paradojas; sus opiniones son completas y tienen la sugestiva seguridad adquirida en luengas horas de estudio y luengas horas de pensar.

De pronto me invita:

—Vamos a remar, remar para mí es el *sport* más armonioso de todos, mire usted: el fuego del sol, el azul del cielo y el zafiro del lago... ¿qué más?... el verde y el aroma del bosque... Vamos a remar.

Cogimos una barca; los cisnes blancos y los cisnes negros se espantaron con los remos, y nuestras corbatas sueltas flotaban como banderolas de alegría a la gloria del viento.

Y mientras me cuenta de las ingravidas *skaters* de Rusia, sus ojos se clavan en la frágil silueta de una mujer que pasa por la orilla del lago.

—Vea usted —me dice en voz baja— ¡qué mujer tan interesante, qué figura tan gallarda!

—Es amiga mía, se la voy a presentar, acerque la barca a la orilla.

—No, no, prefiero la emoción inquietante del misterio... ¡Pero qué ojos tan atractivos! Parecen de ícono sagrado.

—Sí, posee unos raros, unos admirables ojos. Su nombre...

—No quiero saberlo, llámela usted la de los ojos oblicuos...

Y siguió remando, jadeante, bañado de sol; y en las frondas se ocultó la musical silueta de mi querida, haciendo girar sobre su hombro la roja sombrilla, abierta cual una gigante flor.

ÉSTA ERA UNA AMIGA GENTIL...

Necesitamos una amiga, una amiga gentil y deferente que cierre todos sus sentidos a nuestros juegos de amor; que no escuche el rumor de nuestros besos y que finja no darse cuenta cuando mi mano traviesa se esconda en la cabellera castaña de la mujer amada, o cuando mis dedos hiperestésicos provoquen la turgencia de su seno tibio.

Hoy la hemos encontrado: es sabia en amores, ha tenido tres amantes, y ahora que está casi a la mitad del otoño, se da el exquisito refinamiento de amparar al margen de su vida a dos corazones ligados por lírico festón de rosas prohibidas.

Es alta, morena, de grandes ojos, viste a la inglesa, lleva anteojos atrozmente exagerados; charla con afectada vehemencia y agita los guantes con marcada distinción;

correctísima, afable, presume de novios y más de una vez ha cenado, temblando de espanto, en el Waldorf-Astoria...

Su acento es ligeramente neoyorquino y le encanta sobremano que se le repita que es muy, muy *smart*.

Nuestra amiga siempre dispone, es una maravilla:

“Esta tarde en el teatro, mañana en el bosque...”

Y así, bondadosa, experta, maestra, señala día a día una ruta florida a nuestra juventud pasional.

Cuando la de los ojos oblicuos junta su boca delgada a mis labios anhelantes, nuestra gallarda amiga se pule las uñas, deshoja una flor, o entorna los ojos recordando, quizá, un triste, un lejano amor sin esperanza...

Al despedirse, a ella le llama *dear* y la besa silenciosamente; y a mí me tiende su mano, mano rígida, mano flaca, mano sin importancia; y nos dice con cariñosa autoridad:

“Mañana remaremos un poco a la hora del sol y al atardecer tomaremos el té...”

Y se va, rítmica y envanecida, saboreando el profundo egoísmo de tener glosados a su vida de leyenda, dos corazones envueltos en un canevá de ilusión flordelisado de fuego.

EN EL *TEA ROOM*

Todas las mesas del café están solas. Es un café muy blanco, muy discreto y tapizado de espejos.

En el centro hay una vitrina que guarda preciosas cajas de chocolates y bomboneras elegantes que chorrean listones. Sobre la vitrina un enorme jarro se desgrana en rosas.

Ella me da sus guantes, y sería, implacablemente sería, se contempla las uñas rosadas y pulidas y las venas azules de sus manos blancas.

Se acerca el mesero con la servilleta al brazo; es un mesero afeminado y lamido, que sabe hacer genuflexiones de amabilidad fingida.

“Lo de siempre”, murmura el amor mío, mordiéndose los labios finos y echándose el gorrito hacia la frente.

Lo de siempre es: chocolate, pastas, yemas, un poco de crema y fresas. Eso es todo...

Vuelve el mesero, estirado y alegre cual un comediante, haciendo prodigios de estabilidad con los platillos. Suenan los pozuelos, tintinean los cubiertos y chocan los cristales; y se vierte el salero sobre un pastel, que fue hecho, tal vez, con la lírica receta de Edmond Rostand...

Ella parece una canaria —una bella canaria encantada que se tornará en mujer— toma una almendra, una fresa y una poquita, nada más una poquita de pasta, empapada en chocolate...

Me pide sus guantes, el café se queda solo, y cogidos del brazo nos perdemos en la noche fragante.

COMO LA DESIDERATA DE DAUDET

Carolina, por cariño o por vieja costumbre Cara, todo el mundo la nombra Cara.

Tiene los ojos verdes, de un verde de aguas quietas, de esas aguas muertas que en los vallados transparentan secas ramazones y hojas amarillas; son unos ojos insinuantes y en completa expectación a todo movimiento varonil.

Cara es una de esas dolientes vírgenes a medias, semipensantes, que pasan por la vida como sombras difusas, enflorando ilusiones y nunca realizan nada y, sin embargo, se conforman con una piadosa mentira galante o con una violenta caricia impúdica.

Vive en el entresuelo; por la mañana despierta cantando como una golondrina, hace su alcoba y luego se sienta a la máquina de coser, cantando también y pliega muselinas o prende encajes para su hermana enferma —que es dueña de unas lívidas ojeras reveladoras y de unas largas manos ducales—; por la tarde, las dos hermanas se acodan en el balcón, mientras pasa la silenciosa teoría de un crepúsculo negligente.

Siempre que veo a esta pobre Cara, me acuerdo de aquella otra pobre desencantada, Desiderata Delobelle, creada por la ternura de Alphonse Daudet;¹ se parecen en todo, ¡qué digo en todo!, únicamente se parecen en la pierna anquilosada y en el ritmo desigual y angustioso de su taconeo en las baldosas... Un, dos, un, dos...

La de los ojos oblicuos, cuando viene a verme, dice que en su alma se engarza una pena, sintiendo en el corazón el *Leitmotiv* doloroso del andar de esa criatura, y el lamentable cantar, cuando Cara pliega muselinas o prende encajes para su hermanita enferma...

¹ Désirée Delobelle es un personaje de la novela *Fromont Jeune et Risler Aîné* (1874).

EL MERCADER DE LIBROS

Este hombre, mercader de libros viejos, es una calamidad.

Entra a mi pieza con el sombrero encasquetado, el nudo de la corbata —una corbata roja a rayas negras, decorada con lamparones de grasa— muy flojo, demasiado flojo; el cuello amarillento, los puños de la camisa —una camisa color de olvido— completamente deshilachados; los pantalones con rodilleras; el chaleco sin botones y enfáticamente cortado de bolsa a bolsa por gruesa cadena de acero.

Habla rápidamente y silba las *eses* con enfadosa monotonía.

Es un judío indecente, que experimenta una loca y cruel voluptuosidad en arrancar de nuestras manos a los mejores amigos.

Presuntuoso y fatuo, es erudito a fuerza de mercantilismo perverso; y orgulloso como un pavo, cita a los clásicos griegos, a los latinos, habla de los románticos, de los parnasianos, de los naturalistas, de los simbolistas y hasta reza las teorías del futurista Marinetti.

Enciende un tabaco y la bocanada de humo le hace entrecerrar los ojos en un gesto tan pedante y tan ridículo que mueve a risa.

—¡Ah!, ¿pero es usted el señor librero?

Se inclina reverente, sacude el polvo del sombrero, se acomoda la solapa del saco y silba complacido tres adverbios de afirmación: sssí, sssí, sssí ssseñor...

Le propongo el negocio.

Sonríe, acaricia los libros, coquetea con las ediciones raras, regatea, hace repicar el oro en sus bolsillos, vuelve a regatear, se lamenta, casi llora; nervioso se enrosca en los dedos la cadena de acero; luego, indignado pone cara de vinagre y se da toda la importancia de un banquero de la Quinta Avenida... y, por fin, saca una bolsa sucia y abandona en mi mesa, cerca de una estatuilla de porcelana, las monedas de oro.

Estrecha mi mano, se inclina, y sonriente se aleja silbando las *eses*, ahogando sus pasos rudos en la alfombra.

Con este hombre indecente de pantalón de rodilleras, se van Gabriele D'Annunzio, Anatole France, Oscar Wilde y Maurice Maeterlinck.

Momentos después, mi vida es una rosa abierta; entra a mi pieza, radiante y seductora una linda mujer que usa pomadas ricas y polvos de Calliflore.²

HISTORIA DE UNA NUBE

Son las seis de la tarde, de una tarde como todas las tardes; aparece una nube en el confín y en el viento se derrama el rumor de un *klaxon* que se aleja.

La hora pasa serenamente y como no tenemos prisa, ni ella ni yo hablamos una palabra.

La nube remeda una brasa...

² Polvo facial aromático usado por las damas a principios del siglo XX.

Si el amor no tuviera ligeros enojos, sería monótono y gris como un perenne reزار de lluvia; no tendría el supremo encanto de las reconciliaciones y...

Amaranto se torna la nube misteriosa...

Me quedo contemplando el hechizo de sus ojos oblicuos y ella, arqueando las cejas, murmura un vocablo:

—¿Qué?

—Nada.

La nube es violeta...

Bellamente distraída, adorablemente displicente, anuda el pañuelo.

—Oye, paloma.

Encoge los hombros, hace un coqueto mohín con la boca, me echa los brazos al cuello y revienta en su garganta un gorjeo de cristal.

Se muere la nube, y en el fondo brumoso palpita una estrella cual una margarita de oro.

MI AMADA NO GUSTA DE LOS LIBROS

Voy contando maquinalmente los escalones que vamos dejando: cuatro, cinco, seis...

Arriba, el taller decorado con óleos, acuarelas y pasteles, de un viejo pintor que vivió en Montmartre: un Rodin, un Beethoven, tres o cuatro escenas del antiguo París, un retrato de *miss* Stuart, bailarina del *ballet*, amapolas, chícharos... En un rincón, un diván

que luce telas indias y cojines de sedas labradas; en el centro, bajo el tragaluz, el caballete, la paleta, los pinceles, y en las mesas, bibelots, libros y rosas frescas...

Visitamos a este artista —que le obsesionan las palabras extranjeras: *cachet*, *snob*, *cocotte*, y que lo mismo pinta a lo Rembrandt que a lo Carrière y que tiene un marchito rostro de Billiken³ que se hiciera viejo— porque sí, como si comiésemos fresas o comprásemos flores.

Diez, once, doce...

Afuera, la ciudad hirviente...

Caminamos sin rumbo, bobeando las vitrinas de los joyeros y los escaparates de los libros.

Ella no gusta de los libros, como no entiende a Aubrey Beardsley, prefiere ver telas y encajes a deletrear los nombres de Georges Bernard Shaw, Marcel Schwob, Rodenbach y Sidney Place...⁴

Me acuerdo que un día se le desprendió de las manos liliales un libro de Walter Pater; y otro día se conformó con poner en la primera página de *La hija de Iorio*,⁵ con letra menudita y graciosa, cinco palabras: La de los ojos oblicuos...

Y seguimos caminando, bobos, inconscientes, alegres, con la exquisitez amable de no saber ni a qué, ni adónde vamos; somos pájaros perdidos que en cada rama cantamos un himno triunfal a la luz dorada del sol.

³ Muñeco de buena suerte diseñado en 1908 por Florence Petz, una profesora de arte de Missouri. En las primeras décadas del siglo XX el muñeco figura como logotipo en muchos productos estadounidenses. Desde entonces el Billiken es la botarga-mascota de la Universidad de Saint Louis, véase <<http://www.slu.edu/x12519.xml>>.

⁴ Sidney Place, seudónimo de Xavier-Marcel Boulestin (1878–1943), esteta decadentista y prestigiado cocinero de Londres. Escribió *Les Fréquentations de Maurice. Mœurs de Londres* (1911).

⁵ *La figlia di Iorio* (1903) es una tragedia pastoral en tres actos del escritor italiano Gabriele D'Annunzio (1863-1938). La obra tuvo mucho éxito y fue adaptada como ópera por el compositor Alberto Franchetti en 1906.

UN SENO PEQUEÑITO

Recordando el espíritu seráfico de Alfredo Velasco

Adelante, indicó cortésmente el doctor tendiéndonos una mano velluda, mientras con la otra se enjugaba una lágrima que emanaba de su trágico ojo de esmalte.

El consultorio olía a yodoformo y a inyecciones rotas; en los anaqueles dormían libros enormes y retratos de celebridades médicas; sobre la mesa de operaciones estaba un infolio abierto cuajado de estampas con entrañas enfermas, miembros desollados y tumores cancerosos; olvidado entre los aparatos de cirugía un poema del viejo Hugo, y en el escritorio un tabor de lilas blancas y una pálida figurita del santo limosnero de Asís.

EL DOCTOR. *(paternalmente.)* Haremos un reconocimiento, locuela, hazme favor de descubrirte el seno.

ELLA. Sí, doctor; y encendida de rubor, huraña cual una gacela, hizo brotar entre blondas un seno pequeño, tibio, blanco, que transparentaba las venas como senderos ideales.

Un gesto de ironía se cuajó en el cansado rostro del sabio y con su ojo único me miró fijamente.

EL DOCTOR. Yo no lo haré, no hay que perder tiempo...

Yo me mordí los labios sintiendo que se me desmayaba el corazón; y ella sonrió perversamente, diabólicamente, como si fuera la cosa más natural del mundo.

En la calle, así, sin dar importancia a todo lo pasado, compramos un racimo de uvas frescas, opulentas, y en un coche de bandera azul se unieron largamente nuestras bocas...

PAJARITAS DE PAPEL

Rubia, de largas pestañas, las pupilas glaucas, como dos piedras preciosas que se hicieran líquidas; la nariz un poquito remangada y la boca en forma de un pequeño corazón; menudita cual una muñeca de Sèvres⁶ y sus manos pálidas, tersas y afiladas como las manos de las santas vírgenes pintadas en los retablos de los viejos claustros, que apenas sostienen entre el pulgar y el índice el embeleso de una azucena hecha de lágrimas de luna... Así era María Luisa.

Nunca la dije nada, éramos niños; yo todavía no leía novelas, tenía los codos de la blusa y mis zapatos rotos y ella llevaba el dedo en la boca y las pantorrillas al viento...

Cuando cumplí quince años, Berta me besó a hurtadillas en plena boca; esa noche no dormí; asustado, bajo las sábanas recordaba con ansiedad sus labios jugosos y el madrigal de sus ojos astrales.

Después, en la soledad del huerto, junto a una fuente que cantaba, Berta, amorosa, me brindó su madurez espléndida...

Concha tenía la arrogancia de una marquesa y el mágico atractivo de la fruta prohibida.

⁶ La fábrica de porcelana de la ciudad francesa de Sèvres se hizo famosa por sus productos artísticos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

Han pasado los años y, sin embargo, recuerdo cuando inclinó en mi hombro su cabecita orlada de rizos negros, entornó los ojos y sus pupilas brillaron como dos estrellas mojadas al través de la rejita de sus pestañas, y me dijo:

“Ya vete, van a despertar mis hijas...”

Y sigo soñando, con los ojos abiertos, mientras la más querida, la de los ojos oblicuos, sensibiliza una página de *magazine* haciendo, una, dos, tres pajaritas de papel.

MÚSICA EPISTOLAR

La última vez que me habló, dulcemente me hizo un reproche por no sé qué bobería. ¡Ah, sí! Que cuando en el bosque sonaban las doce, me repitió tres veces:

“Son las doce.”

Mientras yo, distraído, seguí bordando arabescos en la arena con una rama sin hojas.

Ése fue su sentimiento... Cosas sin consecuencias, pero cantaba en mí la necesidad de enviarle una disculpa.

El papel en que escribí era un amarillo de abolengo, de un amarillo de marfil viejo; al trasluz tenía un escudo con cuatro cuarteles, en cada cuartel un lirio en campo de gules.

Tenuemente aromé el sobre y después de cerrarlo, le di un largo beso, ahí donde decía: “A la de los ojos oblicuos”.

En el pliego, mis patas de mosca:

Querida:

Hoy hace cuatro, no, cinco días que no te he visto para nada, y que no sé de ti una sola palabra.

Haces bien, antes que tu hastío prefiero la honda pena de no verte.

¿Qué si te guardo rencor? Sí y no. Sí, porque te quiero locamente; y no, porque el derecho que te das de dejarme a los diez meses, lo tendría yo para olvidarte a los doce; tú me has ganado y... ¡qué más da! Lo que siento es la tragedia tan intempestiva de tu resolución; sin un enojo y ni siquiera quedarnos el acre, el sádico placer de habernos despedido como la gente bien.

Vaya, sabes que te adoro; mira: hoy te espero en casa a las tres de la tarde, vendrás risueña y aleteante como una alondra que retornara al nido... Vendrás con tu vestido a cuadros negros pasado con aquel gracioso cinturón de charol.

Si a las tres no vienes, todo ha concluido.

Besos, muchos besos.

Son las tres, mi pieza está íntegra de perfume y ella tiembla cual una radiante y enorme flor de seda en medio de la estancia.

GRAGEAS

Es media noche.

Llueve.

La lluvia canta sobre la marquesina del patio con delicioso clamoreo.

En la tibieza de la alcoba escuchamos la voz fervorosa de la hermana agua, sin decirnos una sílaba.⁷

⁷ “La hermana Agua” es un poema extenso de Amado Nervo (1870-1919) en el que se personifica al elemento en todos sus estados: el vapor, el hielo, la nieve, la bruma, etcétera. La evocación del agua se produce en un contexto místico y panteísta. Amado Nervo, “La hermana Agua”, en *Poesía reunida*, Gustavo Jiménez Aguirre, Eliff Lara Astorga (edición y estudios), Gustavo Jiménez Aguirre, Eliff Lara Astorga, Malva Flores, Lenina Romero Urióstegui (notas), Gustavo Jiménez Aguirre (coordinación y liminar), México, Universidad Nacional Autónoma de México / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Obras, 3), 2010, pp. 318-326.

Sus trenzas se deshacen entre los encajes de la almohada.

Lleva un traje color topo.

—Mira qué romántico eres, has besado mi retrato.

—¿En qué conoces, chiquilla?

—En que el cristal tiene la huella de tus labios.

Con el encanto de un mágico surtidor, brota su risa, su risa que es una melodía.

—Bésalo.

—No, ¿por qué? Mejor te besaré a ti.

—A mí después, besa al Billiken, anda, toma; me hizo un milagro.

—¡Qué caprichos!

Y sus labios estallaron en el bibelot sonriente.

Está desnuda entre los cojines; tiene las soberbias ondulaciones de una preciosa gata de Angora.

YO. *(Regando la fragancia de su cuerpo con húmedos chicharos azules.)* ¡Eres una visión de Eleusis!

ELLA. *(Apretando los dientes, cerrando los ojos y temblando por el rocío de las flores.)* ¡Siento que me besan diez mil bocas...!

Escribo en la primera página de un libro del señor conde Matías Felipe Augusto Villiers de L'Isle Adam:

Hoy es el primer aniversario que mis labios supieron de los labios de la de los ojos oblicuos.
Es cierto: el amor envejece.

Y SE PERDIÓ EN LA LLUVIA DE LAS HOJAS

Antes de calzarle las zapatillas escotadas, besé amorosamente el arqueado elegante de sus pies breves.

—Eres un loco —murmuró acariciando mis cabellos.

Abrí el balcón, una dulce claridad ambigua se coló por los cristales. En el fondo helado del paisaje reían las estrellas.

—No hagas luz, deja vestirme.

—Dame otro beso, aquí, en las pestañas.

—¿No digo bien? Eres un loco.

Y me dio un beso tan largo, que sentí en el corazón el temblor de su boca de seda.

Después, mis dientes de lobezno supieron de la suavidad de sus hombros egregios.

—¡Qué redondos, qué tibios, qué blancos son tus hombros!

—¡Mira, mira!

Y se vistió entre risas y besos...

—Este tirante me rompe sin piedad la media —me dijo llena de gracia, haciendo un hipócrita mohín de enfado—, ¿ves?, ¡es una lástima!

Hice luz, su cuerpo se duplicó en cada espejo y sus ojos encantadoramente oblicuos se posaron en un pequeño gladiador de bronce.

Mientras aflojaba la mata olorosa de su pelo castaño, sus labios modelaban mil preguntas.

—¿Verdad que ya es muy noche? Dime la hora.

—Son las ocho, mi vida.

—¿Y mis horquillas?

—La grande está en el tocador, junto a las flores, y las otras perdidas en la cama.

—¡Dios mío, si la cama está deshecha! —moduló hundiendo en las sábanas de lino sus manos blancas, como dos lirios en la nieve.

La besé en la nuca, la besé en los ojos, me besó en la boca... y luego me dijo:

—No salgas conmigo, no me acompañes, iré sola, tomaré un coche.

Se envolvió en su abrigo y se fue sin hacer ruido.

En la calzada, las hojas caídas se morían de frío.

Olvidados en el tocador estaban sus guantes y entre las almohadas había un pañuelo de seda orlado de rosa, que tenía bordadas sus tres iniciales...

LE SOUVENIR D'AUTRES YEUX

La conocí en una butaca del circo, cuando un perro hacía piruetas funambulescas sobre el lomo lustroso de un caballo cabriolante.

Reía de todo, del *clown*, del frac del *clown*, de los zapatos del *clown*; su risa cristalina cantaba cual un cascabeleo...

Al oído me dijeron: “Es detective”, ella me confesó después que vivía en Nueva York con un viejo agente de finanzas... ¡qué sé yo!

Cuando me presentaron, murmuró secamente: “*miss Dresser*”, y me alargó su mano izquierda, que lucía un ópalo turbador en el índice.

Fuimos amigos, cenamos juntos y una de las últimas tardes de invierno vino a verme llena de *spleen*.

Traía un gorrito de plumas tornasol y un traje color canela; en las quirománticas manos, un ramo de rosas...

—Me voy —moduló con ternura—, vine a decirte adiós.

—¿Te acordarás de mí?

—*Yes, my love, yes...*

—¿Me escribirás?

—*Oh, yes, yes...*

Los rizos dorados temblaban sobre su frente y se nublaron las pálidas violetas de sus ojos.

Yo sentí pena. En el fondo de aquellos ojos marinos, vi el milagro de otros ojos; si no tan dulces, sí más intensos, sí más amados; vi las aguas de té de aquellos crueles ojos oblicuos que cerré incontables veces, amorosamente con mis besos.

DIÁLOGOS FURTIVOS

MI OTRO YO. (*Fijándose en el tocador.*) ¿Y para qué guardas aquí junto al espejo estas dos copas champañeras?

YO. (*Haciéndome el nudo de la corbata.*) Es que en ellas bebimos la de los ojos oblicuos y yo.

MI OTRO YO. Rompe la copa en que bebió ella.

YO. No sé cuál es, romperemos las dos.

MI OTRO YO. (*Coje las copas y las arroja por el balcón.*) En el asfalto candente hay un argentino fracaso de cristales.

BAJO EL SOL

Vine al bosque, como pude ir a jugar un partido de *basket*.

En una banca, la de los ojos oblicuos luce un traje crema, de primavera; a su derecha él (que tal vez ha besado sobre mis besos) y a su izquierda una amiga deferente, pero vulgar.

Cuando paso frente al grupo percibo las voces:

ÉL. (*Lentamente, matizando sus frases con apasionados giros.*) Repítelo: ¿yo soy el único a quien tú has besado?

ELLA. (*Trémula de candor y jugando con la sombrilla.*) Sí...

LA AMIGA. (*Con voz afónica.*) ¡Qué cielo tan azul!

Y el sol se deshace en polvo de oro...

SERENAMENTE

Estoy pleno de serenidad, mi espíritu se ha desligado de toda complicación; infantilmente me divierto en el lloro de un tenue soplo de viento o con el soliloquio, siempre igual, de la fuente olvidada, que entre los rosales agobiados de botones finge benedictina viñeta de pasados siglos, y que está puntuada con inquietos peces de colores.

Nunca creí este desprendimiento tan absoluto ¡claro está! hubo día que sentí la tortura del amor perdido y después el dolor de haber dejado de amar; pero ahora nada, estoy acoplado íntegramente a la clara indiferencia de la tarde.

Romanticismos: en estos días de angustiosa transición, he leído varias novelas escritas por esos demonios de franceses que se complacen en diseccionar almas;⁸ y al cerrar el libro pienso candorosamente: él soy yo, y ella es la de los ojos oblicuos; y estas amables cosas enfermizas y estos desbordamientos de juventud y estos dulces refinamientos, los hicimos juntos.

En secreto, guardo el orgullo de tener la seguridad de que también ella, cuando trenza la seda de su cabellera castaña y se queda absorta frente al espejo, con las horquillas entre los dientes, idéntica a mí en serenidad, se ha de acordar de nuestras citas en las noches

⁸ La idea de diseccionar almas se origina en la novela psicológica de Paul Bourget, donde el modelo anatómico naturalista se combina con la introspección, lo que se expresa en la idea de la “vivisection de un état de âme”. Véase Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 59.

frías, del deshojamiento sonoro de nuestras risas, de mis frases de amor y más de una vez ha de repetir mi nombre, en voz tan baja, como para que no lo escuche su corazón; en tanto que en el tocador, trémulo se desmaya un puñado de claveles, y de un frasco abierto brota, sutil y misterioso, el suspiro de un perfume, blandamente, serenamente...